

divina; tal suceso se le presenta amable; tal otro como indicación de remedio, así un tercero, y finalmente, toda su disposición alegre, tranquila, como prueba de que Dios es generoso. Del mismo modo que antes, sobre todo en el estado de disgusto, encontraba falsa explicación á sus acciones, así ahora la encuentra de sus impresiones. Su disposición consolada es conocida para él como el efecto de un poder reinante fuera de él, el amor con el cual se ama á sí mismo le parece un amor divino; lo que llama gracia y preludio de la redención es, en realidad, gracia hacia sí mismo, redención propia.

135. Así, pues, una psicología falsa, determinada, cierta especie de fantasía en la explicación de sus móviles y de sus hechos, es condición necesaria para que un hombre sea cristiano y sienta la necesidad de su redención. Se ve claro tras este extravío de la razón y de la imaginación?—se deja entonces de ser cristiano.

136. *El ascetismo y la santidad cristiana.*—A medida que algunos pensadores aislados se han esforzado por establecer, partiendo de esas raras manifestaciones de la moralidad que se tiene costumbre de llamar ascetismo y santidad, algo milagroso, ante lo cual es casi un crimen y un sacrilegio sostener la luz de una explicación razonable; en esa misma proporción se ha esforzado á su vez la seducción que lleva á tal crimen. Poderoso impulso natural en todos los tiempos, ha conducido á protestar en general contra tales manifestaciones. La ciencia, siendo, como hemos dicho, una imitación de la naturaleza, se permite, por lo menos, oponer objeciones contra su pretendida inexplicabilidad, por no decir inaccesibilidad. Es cierto que hasta aquí no ha podido triunfar: esas manifestaciones es-

tán siempre inexplicadas, podríamos decir, inexplicables, con gran contentamiento de los llamados admiradores de lo maravilloso moral. Pues, hablando en general, lo inexplicado debe ser absolutamente inexplicable, lo inexplicable absolutamente antinatural, sobrenatural, milagroso: he allí el axioma que se formula en las almas de todos los religiosos y metafísicos (de los artistas también, cuando son al mismo tiempo pensadores); á la vez que el hombre de ciencia ve en este axioma el «mal principio». La primera verosimilitud general á la que habrá de llegarse por la consideración de la santidad y del ascetismo, es ésta, que su naturaleza es *complicada*: pues casi dondequiera, así en el mundo físico como en el mundo moral, se ha sentido gran contento en reducir lo que pretende ser maravilloso, á lo complicado, á lo múltiplemente condicionado. Arriesguémonos, pues, á aislar de pronto algunos impulsos del alma de los santos y de los ascetas, y para concluir, á figurárnoslos combinados.

137. Existe cierta *presunción vanidosa* en las manifestaciones sublimes, y á esa presunción corresponden numerosas formas del ascetismo. Ciertos hombres tienen, en efecto, una necesidad tan grande de practicar su fuerza y sus inclinaciones á la dominación, que á falta de otros objetos ó porque hayan fracasado siempre en otras esferas, llegan á tiranizar ciertas partes de su propio ser, por decirlo así, ciertas porciones ó grados de sí mismo. Así es como más de un pensador profesa doctrinas que no sirven visiblemente ni para aumentar ni para disminuir su reputación; más de uno evoca expresamente la desconsideración de los otros hacia él, mientras que si callara le sería fácil ser considerado; otros recuerdan opiniones ante-

riores y no se asustan desde aquel punto en ser llamados inconsecuentes; por el contrario, se esfuerzan en ello y se conducen como caballeros temerarios que no sienten placer al cabalgar, sino cuando el caballo se ha puesto furioso, está empapado en sudor, alborotado. Así como el hombre se eleva por caminos peligrosos á las más altas cumbres para reirse de su fatiga y de sus rodillas vacilantes, así también el filósofo profesa opiniones de ascetismo, de humildad, de santidad, con cuyo brillo afea de la manera más odiosa su propia figura. Esta tortura de sí mismo, esta burla de su propia naturaleza, este *spernere et sperni*, á que han dado tanta importancia las religiones, es propiamente un grado altísimo de vanidad. Toda la moral del sermón de la montaña se halla en este caso: el hombre siente verdadera fruición voluptuosa en hacerse violencia por exigencias excesivas, y en deificar después lo que gobierna tiránicamente en su alma. En toda moral ascética, el hombre adora una parte de su ser como una divinidad, y debe por esto necesariamente creer diabólicas las demás partes que lo componen.

138. El hombre no es á todas horas igualmente moral; esto está comprobado y es cosa conocida; si se juzga su moralidad según la capacidad de desprendimiento, de renuncia de sí, que conducen al gran sacrificio (el cual, si persiste y llega á hacerse un hábito, se llama santidad), se encuentra que en el estado de *pasión* es cuando se muestra más moral; la emoción superior le ofrece móviles nuevos, de los cuales, en la calma y tranquilidad cotidianas, no se creería nunca capaz. ¿Cómo sucede esto? A nuestro parecer, por el inmediato parentesco que existe entre todo lo que es grande y determina fuertes emociones. Una

vez llevado el hombre á una excitación extraordinaria, puede determinarse tanto á una venganza horrosa, cuanto á un horroroso anonadamiento de su necesidad de venganza. Lo que él quiere bajo la influencia de la emoción violenta, es siempre lo grande, lo violento, lo monstruoso; y como note por casualidad que su propio sacrificio le produce tanta ó más satisfacción que el sacrificio de otro, escoge aquél. Propiamente, pues, no se trata en él sino de descargar su emoción; entonces puede, para aliviar su situación, coger los venablos de sus enemigos y clavarlos en su pecho. Esto hace que en la renuncia de sí mismo y no solamente en la venganza exista alguna grandeza que no ha podido ser inculcada á la humanidad sino por largo hábito; una divinidad que se ofreció á sí misma en sacrificio, fué el símbolo más fuerte, más eficaz, de tal clase de grandeza. Es una victoria alcanzada sobre el enemigo más difícil de vencer, es la repentina sujeción de una pasión,—tal, á lo menos, *aparece* esa renuncia,—y por lo tanto, se la considera el colmo de la moralidad. Se trata en realidad de la confusión de una idea con otra, guardando la conciencia su misma elevación, su propio equilibrio. Los hombres de sangre fría que tienen calma en presencia de una pasión, no comprenden ya la moralidad de aquellos momentos, pero la admiración de todos los que han vivido en ese tiempo les presta apoyo; el orgullo es su consuelo, cuando la pasión y la inteligencia de su acto se debilitan. Así, pues, en el fondo, aun estos actos de abnegación, de renuncia de uno mismo, no son tampoco morales mientras no se realicen en favor de otro; mejor dicho, los otros no dan al corazón sobrecitado sino una ocasión de alivio por medio de tal abnegación.

139. El asceta también procura hacerse la vida *liger*; y esto, ordinariamente, por medio de una sumisión completa á una voluntad extraña ó á una ley y un ritual extensos; aproximadamente del mismo modo que el brahmanista, que nada deja á su propia determinación y se determina á cada minuto por un precepto sagrado. Esta sumisión es un poderoso medio para hacerse soberano de sí mismo; se está siempre ocupado, sin fastidio, por lo tanto, y no se recibe de fuera ninguna excitación á la propia voluntad ó á la pasión; consumado el acto, no queda sentimiento alguno de responsabilidad, y por consiguiente, ningún remordimiento, nada de que haya de arrepentirse. Una vez por todas, ha renunciado uno á la propia voluntad, y esto es más fácil que renunciarla por casualidad; así como es más fácil renunciar á un deseo que moderarlo. Si pensamos en la situación actual del hombre en relación al Estado, encontraremos también allí que la obediencia incondicional es mucho más fácil que la condicionada. El santo se facilita, pues, la vida por ese abandono total de su personalidad, y uno se engaña cuando admira en este fenómeno el supremo heroísmo de la moralidad. Es en todos los casos más pesado, más penoso, mantener la personalidad sin incertidumbres ni injusticias, que separarse de ella de la manera que acabamos de expresar; además de que para aquello se necesita más espíritu y más reflexión.

140. Aparte de esto, en muchos de los actos más difícilmente explicables de las manifestaciones de este placer de la *emoción en sí*, yo podría también reconocer en el desprecio de sí mismo, que forma parte de los caracteres de la santidad, y aun en los actos de tortura contra el propio ser (hambre, flagelaciones,

disloque de miembros, simulación de extravío), un medio con el cual estas naturalezas luchan contra el cansancio general de su voluntad de vivir (de sus nervios): echan mano de los medios de excitación y de tortura para levantarse, á lo menos por algún tiempo, del debilitamiento y del fastidio en que les hacen caer frecuentemente la gran indolencia de espíritu y la sumisión á una voluntad extraña que hemos descrito.

141. El medio más general que emplean el asceta y el santo para hacerse, por fin, la vida soportable é interesante, consiste en hacer la guerra de tiempo en tiempo y en pasar de la victoria á la derrota. Para esto necesita de un adversario y le encuentra en lo que él llama el «enemigo interior». De otro modo, aprovecha su tendencia á la vanidad, al deseo de los honores y de la dominación, á los apetitos sexuales, para darse el derecho de considerar su vida como una batalla continua y á sí mismo como un campo de batalla, en el cual los buenos y los malos espíritus luchan con éxitos alternativos. Se sabe que la imaginación sensible es moderada, hasta casi suprimida, por la regularidad de las relaciones sexuales; y que, al revés, la irregularidad ó la abstinencia en estas relaciones la desencadenan y la excitan. La imaginación de muchos santos cristianos era obscena en grado extraordinario; y merced á esa teoría, en sus apetitos eran verdaderos demonios que se enconaban en sí mismos. No se sentían, por consiguiente, demasiado responsables; á este sentimiento debemos la exactitud tan instructiva de los testimonios que de sí nos dejaron. Estaba en su interés que ese combate fuese siempre mantenido en alguna medida, porque era por medio de él como podía sostenerse su vida solitaria.

Pero, á fin de que el combate pareciese tener siempre bastante importancia para excitar en los no santos un interés y una admiración duraderas, era necesario que los sentidos fuesen más y más execrados y malditos, y que el peligro de la condenación eterna estuviese tan estrechamente ligado á tales cosas, que muy verosímilmente, durante siglos enteros, los cristianos no hicieron hijos sino con remordimiento: ¡cuánto daño pudo haber tenido que sufrir la humanidad por tal despropósito! Y, sin embargo, la verdad se presenta allí con la cabeza inclinada, actitud particularmente deshonrosa para la verdad. Es cierto que el cristianismo había dicho: todo hombre es concebido y nace en el pecado; y en el cristianismo superlativo de Calderón, esta idea aparece una vez más condensada y resumida bajo la forma de la más valiente paradoja que existe, en los conocidos versos:

...Porque el delito mayor
Del hombre es haber nacido.

En todas las religiones pesimistas, el acto de la generación es mirado como malo en sí, sin que esto quiera decir que sea el juicio de todos los hombres en general, ni aun de todos los pesimistas en particular. Empédocles, por ejemplo, no ve en él nada de vergonzoso, de diabólico, de criminal; muy al contrario, no ve en la gran pradera de perdición sino *una sola* aparición portadora de la salud y la esperanza, Afrodita: ésta le presta seguridad de que la Discordia no dominará eternamente, sino que cederá un día ú otro á una divinidad más dulce. Los pesimistas cristianos prácticos tenían interés, como he dicho, en que reinase otra opinión; les faltaba para poblar la soledad y el desierto espiritual de su vida, un enemigo siempre

vivo y generalmente reconocido, de modo tal que el combatirlo y vencerlo siempre les hizo ver en los no santos seres incomprensibles, á medias sobrenaturales. Cuando, por fin, este enemigo, por causa de su manera de vivir y de su salud perdida, huía para siempre, se imaginaban *ver* su fuero interno poblado de nuevos demonios. La oscilación del ascenso y descenso de los platillos de la balanza que constituyen el orgullo y la humildad interesaba sus cerebros sutiles, lo mismo que la alteración del deseo y de la calma en el espíritu. Entonces la psicología servía no solamente para sospechar de todo lo que es humano, sino para calumniarlo, para flagelarlo, para crucificarlo: *querían* encontrarle perverso y malvado hasta el extremo; *buscaban* con anhelo la inquietud sobre la salvación del alma, la desesperación en la propia fuerza. Todo elemento natural al que el hombre une la idea del mal, del pecado (como pasa hoy mismo en lo que se refiere al elemento erótico), importuna, oscurece la imaginación, produce perspectiva aterradora, hace que el hombre esté en lucha consigo mismo y le hace, frente á frente de él, inquieto, desconfiado. Aun sus sueños le dejan cierto sabor de conciencia torturada. Y sin embargo, esta costumbre de sufrir por causa de lo que es natural está en la realidad de las cosas, totalmente desprovista de fundamento, no es sino consecuencia de las opiniones *sobre* las cosas. Uno se da fácilmente cuenta de cómo los hombres se hacen malos desde el momento en que miran como malo lo que es inevitable, natural, sintiéndolo más tarde como tal. Ese es el procedimiento de la religión y de las metafísicas, que queriendo al hombre malo y pecador por naturaleza, le hacen sospechosa la naturaleza y le *hacen* más malo también á sí mismo;

pues de esa manera aprende á creerse malo, porque le es imposible despojarse de su vestido de naturaleza. Poco á poco se siente, habiendo vivido largo tiempo en lo natural, oprimido por un gran peso de pecados, á tal extremo que para librarse de él, necesita de poderes sobrenaturales: así se produce la sedicente necesidad de la redención, que corresponde á un estado de pecado, no natural, sino adquirido por la educación. Recórranse una á una las tesis morales expuestas en las instituciones del cristianismo, y en todas ellas se hallará que las exigencias son tan desmesuradas que el hombre no puede satisfacerlas: la intención no es que el hombre *se haga* más moral sino que se sienta lo más *pecador posible*. Si este sentimiento no fuera agradable al hombre, ¿por qué se habría producido tal concepción y manteuidose tan largo tiempo? Así como en el mundo antiguo se gastó fuerza inmensa de espíritu y de invención para aumentar el gozo de vivir entre cultos solemnes, así también en el tiempo del cristianismo se ha sacrificado una suma igualmente inmensa de espíritu con otra tendencia: la de que el hombre se siente pecador de todas maneras y está por tal causa generalmente *excitado, vivificado, animado*. Excitar, vivificar, animar á toda costa, ¿no era la consigna de una época enervada, demasiado madura, demasiado civilizada? Se había recorrido cien veces el círculo de los sentimientos naturales; el alma se hallaba cansada: entonces el santo y el asceta encontraron un nuevo género de atractivos para la vida. Se pusieron en exhibición ante todas las miradas, no tanto para ser imitados sino como un espectáculo aterrador y seductor; sin embargo que se representaba en los confines del mundo y del ultramundo, en que cada uno entonces creía ver tan

pronto rayos de luz celeste, como siniestras llamadas, que brotaban de las profundidades. La visual del santo, dirigida sobre la significación aterradora bajo todo respecto de la corta vida terrestre, sobre lo cercano de la decisión última en relación al nuevo lapso de vida infinita; esa mirada ardorosa en un cuerpo á medias aniquilado, hacía temblar á los hombres del viejo mundo, casi en las últimas profundidades; les hacía mirar, apartar la mirada con espanto, buscar de nuevo lo atrayente del espectáculo, ceder á él, alejarse, hasta que el alma padeciese ardores y calofríos de fiebre: tal fué el *último goce que la antigüedad inventó*, después que ella misma se hubo extenuado en el espectáculo de la caza de las fieras y de las luchas de hombre á hombre.

142. Resumiendo: el estado del alma en que el santo ó el aprendiz de santo se complacen, está compuesto de elementos que todos nosotros conocemos bastante, salvo que bajo la influencia de otras ideas distintas á las religiosas se presentan con un matiz diferente y entonces, de ordinario incurren en la censura de los hombres, tanto como bajo el adorno de la religión y de la última significación del ser, pueden contar con su admiración, hasta con su veneración, en la misma proporción con que contaban en tiempos anteriores. Ya practique el santo ese reto á sí mismo, que está emparentado con el deseo de dominación á toda costa y que hasta al propio solitario le proporciona el sentimiento del poder; ya su sentimiento desbordante salte del deseo de dar curso libre á sus pasiones al deseo de refrenarlas como á caballos indómitos, bajo la presión poderosa de una alma soberbia; ya quiera una cesación completa de todos los sentimientos destructores, torturantes, excitantes, soñar despierto, descanso

perdurable en el seno de una indolencia bruta, animal, vegetativa; ya busque la lucha y la encienda en él porque el fastidio se le presente con faz mohina; azote la divinización de su yo por medio del propio desprecio y la crueldad contra su propio ser, se complazca en el despertar salvaje de sus apetitos y en el dolor penetrante del pecado, hasta en la idea de su perdición, sepa poner traba á sus pasiones, como por ejemplo, á la del extremo deseo de la dominación, ó pase á la extrema humildad, y su alma, quebrantada por ese contraste, la sienta arrancada de todos sus góznos; y por fin, cuando sueñe con visiones, con conversaciones con los muertos ó con espíritus invisibles, con seres divinos, no será sino una especie rara de placer el que desea, quizá un placer al que vayan ligados todos los demás placeres. Novalis, autoridad en materia de santidad, por experiencia y por instinto, revela en cierta ocasión todo el secreto con ingenua alegría: «Causa bastante admiración que, desde después de tanto tiempo, la asociación de la voluptuosidad, de la religión y de la crueldad no haya puesto á los hombres atentos sobre su parentesco íntimo y su tendencia común.»

143. No es el mismo santo, sino lo que significa á los ojos del no santo, lo que ha dado valor en la historia universal. Era porque uno se engañaba acerca de él, porque se explicaba erróneamente los estados de su alma, y se le separaba de sí en lo posible, como de cosa absolutamente incomparable y extrañamente sobrenatural; por eso se le aseguraba aquella fuerza extraordinaria con la cual pudo imponerse á la imaginación de pueblos enteros, de épocas enteras. El mismo no se conocía; él mismo entendía el libro de sus tendencias, de sus inclinaciones, de sus acciones

conforme á un arte de interpretación tan afectada y tan artificial como la interpretación neumática de la Biblia. Lo que existía de contorneado y de mórbido en su naturaleza, con su amalgama de pobreza de espíritu, de saber malvado, de salud indispueta, de nervios exasperados; permanecía tan oculto á su mirada como á la del espectador. No era un hombre particularmente bueno, menos tampoco un hombre particularmente sabio; pero *significaba* algo que sobrepasaba la medida humana en bondad y en sabiduría. La fe en él sostenía la fe en lo divino y en lo maravilloso, en un sentido religioso de toda existencia, sin un último día de juicio universal que es inminente. Con el brillo vespertino de un sol poniente, que vierte sus rayos sobre los pueblos cristianos, la sombra del santo se agiganta en proporciones tales, que aun en nuestro tiempo que ya no cree en Dios, existen pensadores que creen en los santos.

144. Se desprende de suyo que á este boceto de santo, tomado de la especie entera, puede oponerse otro que produciría sin duda impresión más agradable. Hay excepciones aisladas que se distinguen de la especie, sea por una gran dulzura y un gran amor por los hombres, sea por el encanto de una fuerza de acción inusitada; hay otras que son atrayentes hasta un grado supremo, porque concesiones ilusorias han derramado sobre todo su ser torrentes de luz; tal es el caso, por ejemplo, del célebre fundador del cristianismo que se tenía por el Hijo de Dios, encarnado y exento de pecado; bien que por una quimera,—que se debe juzgar muy duramente, porque toda la antigüedad hormiguea de hijos de Dios;—aspiraba al mismo fin: el sentimiento de la completa exención del pecado, de la completa irresponsabilidad, que hoy cualquiera puede adquirir

por la ciencia. También yo he descuidado igualmente los santos indostánicos que oscilan en un grado intermedio, entre los santos cristianos y los filósofos griegos, y por consiguiente, que no representan un tipo puro: el conocimiento, la ciencia—en la medida en que allí existía,—la elevación por encima de los demás hombres, por medio de la lógica y de la educación del pensamiento que se exigían entre los budistas como indicio de santidad, tanto como en el cristianismo, están descartadas y excomulgadas como indicio de *no santidad*.

CAPITULO IV

Del alma de los artistas y de los escritores

145. *Lo perfecto es tenido como no hecho.*—Estamos acostumbrados, en presencia de cualquiera cosa perfecta, á no proponernos el problema de su formación, sino á gozar de la presencia como si hubiera surgido del suelo por arte de magia. Verosimilmente nos encontramos entonces todavía bajo la influencia de un antiguo sentimiento mitológico. Nos produce *casi* la misma impresión (por ejemplo, un templo griego como el de Paestum) que nos produciría si un dios lo hubiera construido en una hermosa mañana para morada suya, con bloques enormes: ó, más bien, como si un alma hubiera repentinamente penetrado por encantamiento en una piedra y quisiera ahora hablar por sus resquicios. El artista sabe que su obra no tendrá pleno efecto sino cuando despierte la creencia de una improvisación, de una milagrosa espontánea producción, y así de buen grado contribuye á esa ilusión é introduce en el arte elementos de inquietud entusiasta, de desorden como palpamientos de ciego, de sueños que cesan en el comienzo de la creación, como un medio de engañar para disponer el alma del espectador, ó del oyente, de manera tal que crea en el brote espontáneo de lo perfecto. La ciencia del arte debe,